

LOS SEIS PRIMEROS MESES DE LA TEMPORADA TEATRAL 1990

*Arnoldo Morc
Rodríguez*

Iniciamos el año 1990 con una doble sensación: por un lado, todavía teníamos en los labios y en el corazón, en la memoria reciente y en el afecto las huellas que, en la retina y en el alma había dejado ese memorable festival internacional que hizo de nuestro San José la capital mundial del teatro durante varias semanas del mes de noviembre anterior. Por otro lado y producto de cambio de gobierno operado en los primeros meses de este año, se abría un nuevo capítulo en la conducción del Ministerio de Cultura y de los organismos bajo su cargo, como la Compañía Nacional de Teatro. Nuevos hombres con diferentes criterios en cuanto a políticas culturales... ¿Qué depararía todo esto en los primeros meses de este año, que bajo algunos puntos de vista



podrían ser premonitorios de lo que habrá de ser el futuro inmediato? Es por eso que miramos con particular interés y cierto temor lo que las diferentes carteleras nos comenzaban a ofrecer. Confieso no haberlo visto todo. Tampoco voy a comentar todo lo que vi. Lo que reseñaré es, sin embargo, una muestra de lo que me parece más significativo de lo que en estos meses ha pasado por las tablas de los ocho teatros que, noche a noche, menos los lunes, abren sus puertas a un público capitalino cuya asistencia no parece haber disminuido, excepto en los días en que arreció la frecuencia de los movimientos sísmicos provenientes de la cercana tierra de un Puriscal, que se ha convertido en la región fantasma del Valle Central. El orden que seguiré en los comentarios a continuación tiene más que ver con la importancia o impacto que ejercieron en mí esas puestas en escenas y no a la fecha de su aparición en público. Hay, pues, un juicio de valor ya en el orden mismo de enumeración, como la hay en la escogencia de las obras mismas que a continuación comento.

La primera obra con que se inaugura la actual temporada de la Compañía Nacional de Teatro en su local del Teatro de la Aduana es una adaptación de la novela **Los albañiles** del escritor mexicano Vicente Leñero. Obra de 1964, **Los albañiles** refleja muy bien el ambiente realista de denuncia social pero de un trasfondo filosófico amargamente existencial que revela cierto escepticismo. La adaptación de Remberto Cháves y la Compañía Nacional de Teatro mantiene el carácter de realismo social en todos los signos externos: la excelente escenografía de Ronald Villar (Chumi), que da amplitud al hermoso espacio escénico del Teatro de la Aduana dividiendo el público en dos, de modo que éste se introduce literalmente en la escena. El vestuario es igualmente realista. No así la actitud de los actores, ni el tempo dramático que Remberto imprime a la acción. Todos estos elementos humanos son de signo existencial, reflejan más la introspección filosófica del autor en torno a la condición humana, que la realidad exterior de explotación y miseria. Destacada interpretación de William Zúñiga en el papel del siniestro anciano Jesús y de Mariano González en

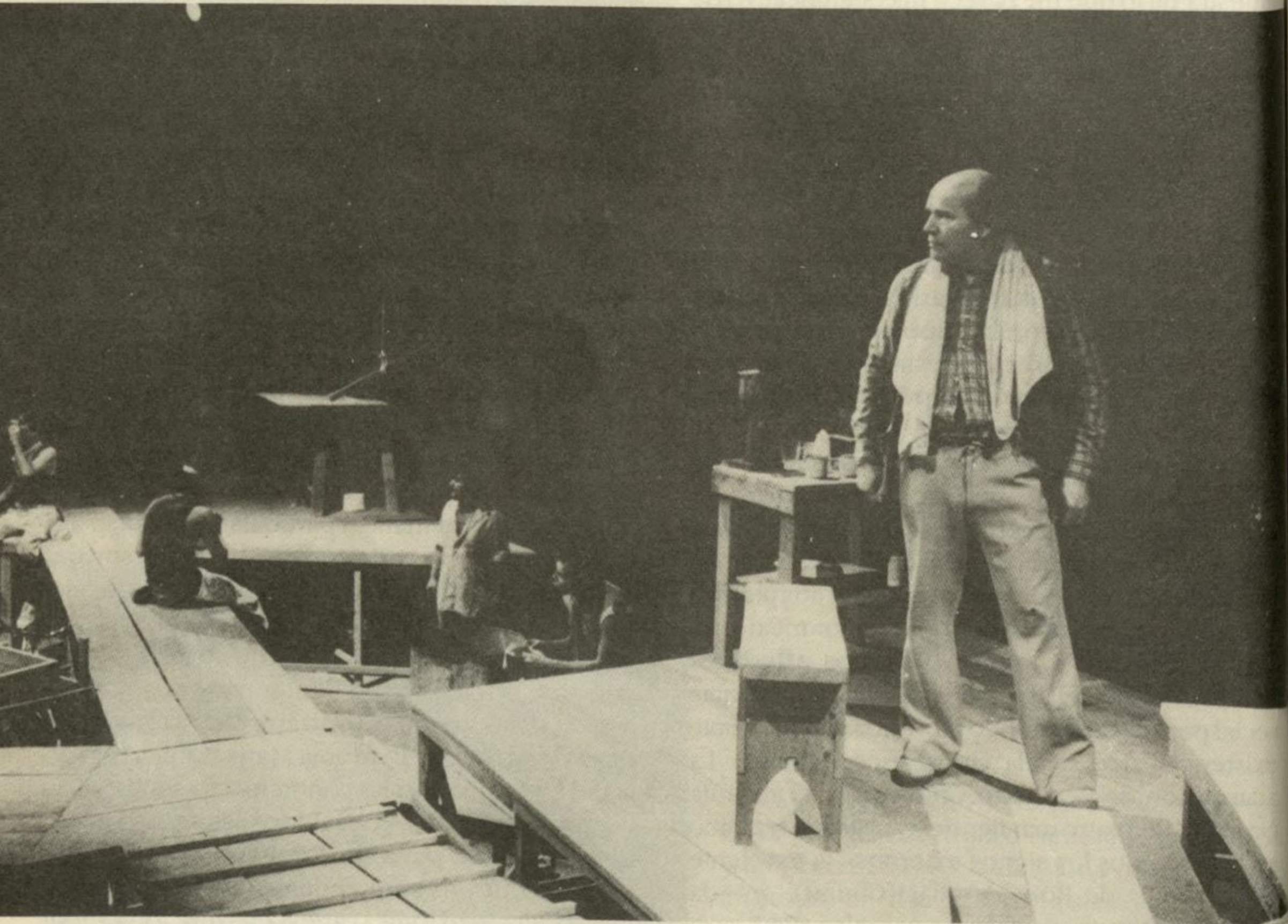
su monólogo final que lleva la obra toda a su clímax dramático. Rodolfo Leitón hace el mejor papel que le hemos visto en su carrera, con una actitud cínica y acartonada a la vez, pero siempre fiel a sí misma a través de toda la obra... En fin, la mejor puesta en escena de estos meses gracias al trabajo de orfebrería escénica llevada a cabo por el elenco de la Compañía bajo la batuta de maestro de Remberto Cháves.

En la salita detrás del Teatro Nacional, en el corazón mismo de San José, la Sala Vargas Calvo, María Bonilla, la directora más activa e inquieta de los últimos tiempos en nuestro mundo cultural, estrenó una obra del autor francés contemporáneo y poco conocido en nuestro medio, Guy Foissy. Este autor trabaja para el Ministerio de Cultura de su país y se dedica a la difusión teatral y cultural en ciudades medianas y pequeñas de Francia. Concibe obras de pequeño montaje, pocos autores pero con temas de gran actualidad desarrollados en forma simple en cuanto a su comprensión pero haciendo uso de recursos modernos y de mucha imaginación. De manera particular, el recurso a la paradoja, a cierta caricaturización de personajes que reflejan a su medio social y cultural pero que, a través de sus ridículas aspiraciones se vuelven humanos y hasta simpáticos para un público que ve en ellos reflejado en buena parte sus propias aspiraciones, sueños y frustraciones. Allí radica el éxito de sus obras. La propia María Bonilla tradujo la obra y la adaptó a las condiciones reducidas de un ámbito especial, concebido más para el teatro de cámara que para obras menos intimistas. El resultado fue una sorprendente puesta en escena, llena de claridad lógica cartesiana, funcional en su escenografía y haciendo uso de recursos llenos de imaginación en un alarde de buen gusto y fino humor. Notable actuación de Tatiana Sobrado, que cada día nos luce como la mejor actriz de su generación. Acompaña a la Sobrado, Manuel Ruíz, con un físico que llena mucha escena y que se presta a su papel, pero con un defecto que ya le hemos notado en otras actuaciones suyas, cual es el de tender a sobreactuar.

Con nuevo personal, el Teatro Tiempo que tanta falta nos hacía, reaparece esta vez con una

obra del autor Ira Levin, norteamericano de origen centroeuropeo y que se dio a conocer por ser el guionista de la conocida película "El bebé de Rose Mary" dirigida por Román Polansky. La temática de fondo es siempre la misma: un profundo

de William Esquivel, acentúa la confrontación física, que acusa la influencia del lenguaje cinematográfico estilo Hollywood, que ejerce gran impacto emocional sobre el público pero corre el riesgo de quedarse en la superficie sin inducir a la reflexión.



rechazo de la sociedad a quien se considera la causa de la corrupción y de la destrucción, en este caso física de los individuos, víctimas inocentes de esta infernal maquinaria de muerte y tortura física y emocional, que son los otros como grupo. Más que una denuncia social o ideológica, lo que se esconde en esta concepción es un individualismo radical y enfermizo que lleva a la creación de obras de un realismo psicológico cercano al amarillismo. La puesta en escena bajo la responsabilidad

de la puesta en escena del Teatro Tiempo destaca la actuación de Xinia Villalobos, actriz madura en el pleno dominio de sus facultades histriónicas.

Luego de una estadía en su tierra natal, Alfredo Catania se trajo de regreso a Costa Rica un manuscrito inédito de su hermano Carlos titulado **El palomar** con el firme propósito de llevarlo a escena en su teatro "La carpa". Con esta obra Alfredo se propone, al mismo tiempo, representar

a Costa Rica en el Festival Latino de Nueva York del presente año. Pero, antes de hacer maletas para el norte, Alfredo hizo su estreno en San José y representó la obra por unos días. Con una escenografía y vestuario de corte realista original de Pilar Quirós y con un elenco que ya le es familiar encabezado por Eugenia Chaverri, Luis Fernando Gómez y Juan Carlos Calderón, acompañados esta vez por otros actores experimentados como Rubén Pagura y María Steller, la obra recrea un cierto ambiente macondiano pero con una trama marcada por la influencia del cine de suspenso y de intriga policíaca. Pero la obra no es ni realismo mágico ni suspenso de novela policíaca, sino una metáfora de la realidad socio-política de los pueblos de América Latina tomados como un todo. ¿Cómo se nota que los intelectuales argentinos han descubierto que también ellos y su patria son latinoamericanos... al menos después de la derrota de la Guerra de Las Malvinas!. La obra nos hace un recuento de esta situación de nuestros pueblos con ribetes marcadamente negros, si bien al final de la misma se abren posibilidades al optimismo, al demostrar que si los oprimidos se unen pueden acabar con sus opresores a pesar de su voluntad de seguir viviendo. En la puesta en escena del Teatro Carpa destaca la actuación de Eugenia Chaverri cuya gracia y picardía dominan la escena y transmiten al público su gusto por el arte escénico. Lástima que el texto de Carlos Catania acusa un exceso de ideas y personajes, que lo convierten con frecuencia en una obra más narrada que actuada. Sin embargo, la puesta en escena de Alfredo y la notable actuación de Eugenia Chaverri la hacen mantenerse sin baches y llegar a un desenlace, dramático y feliz a la vez.

El teatro "La Máscara" en su local que lo era

antiguamente de la Compañía Nacional de Teatro, presentó desde mayo una obra original de su director Bernal García titulada **El vendedor de ilusiones**. La idea partió de un taller dirigido y organizado por el teatro "La Máscara" y recoge el tema de la muerte tal como es vivido por distintas culturas indígenas. Al final, se hace una reflexión un tanto shakespeariana sobre la deshumanización y el crimen a que conduce la sed de poder absoluto en la esfera política. La obra tiene más de espectáculo plástico que de obra dramática. Es más una reflexión sobre el destino de los pueblos que una acción dramática. Sólo al final recupera esta característica esencial del teatro; pero responde bien a la tendencia experimental que el grupo "La Máscara" desea imprimir a su línea de producción teatral.

Luego de haber bajado **Los albañiles** el Teatro de la Aduana ha visto subir en su escenario al grupo de Teatro de la Municipalidad de San José con un clásico del teatro universal: **El médico a palos** del mundialmente conocido dramaturgo francés Molière. Farsa cuyas intuiciones sobre el valor del amor que rompe los obstáculos del medio social y que hacen de la obra un anticipo del prerromanticismo, **El médico a palos** es también una jocosa sátira de las costumbres de su tiempo. Su mensaje, sin embargo, lo mismo que la maestría de la trama, la hacen perenne. La dirección de Luis Carlos Vásquez introduce intermedios de ballet con semidesnudos masculinos que tanto gustan a este director. Se destacan las actuaciones de Melvin Méndez y Marcia Maiocco. Sin embargo, la obra no ofrece más atractivo en su versión actual que la posibilidad de rever un clásico de todos los tiempos y un Melvin Méndez, que disfruta de su actuación y contagia con su entusiasmo histriónico al público entero.